

# LO ABSTRACTO NO ES ARTE

Aquiles FUENTES



"Un amor mayor que el trabajo, y un tesón inquebrantable para realizarlo", dice Luis Spota.

**A** i. hacer un balance sobre el estado actual de la novela en México y su relación con el hombre y los problemas humanos, el escritor y periodista Luis Spota ha dicho: "La responsabilidad artística y social del novelista, es mayor en función directa al respeto que le merezca su oficio y la sociedad sobre la que escribe. El novelista, según yo lo concibo, es el ojo que juzga al grupo humano al que pertenece, y por lo tanto, tiene la obligación de ver, de mirar al fondo, eliminando los velos de la confusión que tanto equivocan al hombre".

Posteriormente Luis Spota, al referirse concretamente a la situación actual de nuestra novela y los novelistas da una tajante respuesta al afirmar que "nuestras novelas son obras de improvisados, de no profesionales, de hombres y mujeres que llenan de oídas, cuartillas suficientes para ser llevadas al linotipo".

Y en esta forma, Spota, cuya extensa obra literaria merece una especial atención, analiza detenidamente, los muchos problemas que afectan al novelista en México y hace hincapié en que no es suficiente el genio para realizar la obra, sino que hace falta, además, "un amor más grande que el trabajo y un tesón inquebrantable para realizarlo".

—¿Puede ser ajeno el escritor a su época y a su ambiente?

—El buen escritor, no. Si el novelista, como ojo observador de una sociedad está divorciado de ella, ¿cómo puede intentar el esbozo de los caracteres de esa sociedad? El hombre que tiene la tarea de escribir tiene que ser parte activa, militante, indivisible de la organización humana que le proporciona sus temas. También de su época. No se concibe a un artista verdadero separado de la única verdad que hay sobre la tierra: el hombre.

—¿Quiere usted decir, entonces, que no hay novelas de "arte abstracto"?

—Sí. Lo abstracto no es arte. No puede serlo. Arte es emoción. Lo abstracto carece de ella. Emoción es también vida. Así como no puede concebirse ninguna forma de vida, por rudimentaria que sea, sin el concurso de elementos tan simples y primarios como sol, agua y aire, tampoco puede admitirse ninguna forma de arte, por basta que parezca, sin la participación del individuo y de lo que de él se deriva.

—¿Cómo podría formarse un novelista?

—Al contrario de lo que ocurre en otras actividades intelectuales, técnicas y profesionales, en que sí hay fórmulas más o menos aplicables, se carece de ellas en lo que se refiere a la creación de un novelista. Partiendo de la base de que el novelista es, o debe ser, un hombre testigo de lo que sus semejantes hacen a su alrededor, su única formación posible, en lo profesional, depende única y exclusivamente de él mismo; de su sensibilidad, de su talento, de su capacidad para ver, juzgar, valorizar y ordenar lo que en su torno sucede. La formación, pues, del novelista es el resultado de la intensidad con que vive, de la sinceridad con que juzga a sus semejantes, de su capacidad para ahondar en los sentimientos ajenos. Y, fundamentalmente, del amor que experimente hacia los sujetos que son motivo de su labor. Porque la novela, la buena novela, es un continuo desnudarnos —de adentro hacia afuera—. El novelista, desde el momento en que empieza a serlo (pues no se podrá decir "ya lo soy" mientras exista otro hombre sobre la tierra) debe poseer un sentido especial para observar; una facultad, desarrollada de acuerdo con el estilo personal, para analizar y, sobre todo, una especialísima aptitud de trabajo. Quiero decir, debe ser siempre sensible para recibir las vibraciones del exterior, ordenarlas, valorarlas y exponerlas, tras de haberlas interpretado, al conocimiento de la masa de la cual salieron. Esto implica que el trabajo del novelista debe ser constante, sin solución de continuidad; porque la riqueza temática del autor depende de lo que consigue sacar, robar, hurgar, de sus semejantes.

—¿Deben ser nuestras novelas exclusivamente folklóricas o deben desarrollar temas universales?

—Creo que en nuestro tiempo ya no existe, o no existirá por mucho más, la limitación del folklorismo. El mundo es ya una sola unidad poblada de hombres. El concepto patria, distancia, región geográfica, está convirtiéndose en un mito; o sea, está muriendo. Si en las películas mexicanas se exige cierto grado de folklorismo por necesidades comerciales, en la novelística nuestra —que no está sujeta a mercado— debe prescindirse de él; debe olvidarse hacer folklore sólo por hacerlo, como ingrediente distintivo de una producción, un estilo o un modo “a la mexicana”. El peligro del folklorismo es caer en la mentira; es pintar con colores alterados lo que es simple, puro y por eso superior. La moderna novela mexicana no debe ser folklórica por ningún concepto, si es que quiere sobrevivir. Vegetamos en un mundo en donde, una vez más, lo único importante es el hombre. Si como novelistas escribimos del hombre y sobre el hombre, daremos una protección universal a nuestra obra; porque nada que se relacione con el individuo, en sus principios básicos, puede ser indiferente al individuo — aún por encima de condiciones políticas, sociales, religiosas, económicas o geográficas. Así, pues, si nosotros escribimos sinceramente sobre nuestros problemas no necesitamos del ingrediente “turístico” del folklore; éste asomará a nuestra obra como consecuencia de la exactitud con que interpretemos al hombre. Y si hacemos novela humana, haremos novela universal. Si no existe una fórmula para hacer novelas universales es, fundamentalmente, porque la universalidad en el arte, aun con perfiles nacionalistas inseparables, es resultado de la humanidad de quien produce ese arte. Mientras más honesta sea la interpretación humana que se le dé a un tema más universal será ese tema.

—¿Se considera usted ajeno, es decir, distinto a la generación actual de novelistas mexicanos?

—Pero, ¿es que hay una generación *actual* de novelistas mexicanos? ¿Y qué se considera por generación y qué por actual? Generación implica todo un movimiento, organizado aún en su desorden, de hombres y mujeres animados por una misma idea, que luchan con armas distintas, sí, pero que persiguen un solo, un mismo idéntico fin. Eso no existe en México, excepto dos o tres. Los novelistas llenan libros, pero no escriben novelas; o escriben novelas que caen dentro de la categoría del relato; se refugian en el pasado, siguen las líneas que otros trazaron. Cada año se publica medio centenar de libros llamados *novelas* en México. ¿Y quiénes las escriben? Son obras de improvisados, de no profesionales, de hombres y mujeres que llenan, de oídas, cuartillas suficientes para ser llevadas al linotipo con el nombre de novelas. ¿Qué saben quienes las hacen, de la angustia del hombre en estos tiempos? ¿Cuáles son los temas que desarrollan? Basura. Nuestro gran defecto es la falta de profesionalismo — y por profesionalismo entiendo yo una dedicación total a la obra que se hace. A fuerza de querer ser originales, los seudonovelistas han olvidado que lo más simple es lo más valioso; que la sencillez es lo más duradero. Ocurre también que los autores o se olvidan del hombre común o toman como modelo al superhombre, que no existe. Pregunta usted si me considero distinto, ajeno, a los demás novelistas. Ajeno a ellos no porque pertenecen (aunque a veces pueda dudarse) al género humano; distinto quizá sí. Definitivamente sí. No creo tener puntos de contacto con ellos. Creo que buscamos cosas distintas.

—¿Qué influencia tiene en su obra nuestra crítica literaria?

—En el aspecto puramente gramatical, la admito, la agradezco y la atiendo. Pero me pongo al margen de ella, en lo que se refiere al juicio que se hace sobre los temas. Considero que la crítica literaria, cuando la hacen críticos de la capacidad de los nuestros es orientadora, necesaria y valiosa; pero también suele ser peligrosa en otras manos; peligrosa porque puede equivocarse.

—¿Existe ya la novela mexicana?

—La novela mexicana, creo yo, debe dividirse en dos épocas. La de la Revolución (antes: la de dos o tres grandes escritores prerrevolucionarios), que sí existe; y la de ahora, posrevolucionaria, que no existe; pero que unos cuantos, poquísimos, estamos haciendo.

—¿Cuáles son los defectos de nuestra novelística?

—La respuesta puede deducirse de lo que más arriba se ha dicho: falta de profesionalismo, falta de un estilo *mexicano-humano*; carencia de una técnica definida (el resultado del no profesionalismo); escasez definitiva de inquietudes en quienes la hacen. Quizá su máximo defecto sea su estancamiento. No ha evolucionado en sus líneas generales. En viejos moldes continúan vaciándose viejas ideas.

—¿Cuáles serían entonces las fallas de nuestros novelistas?

—El principal: que no existe el novelista puro en México. Ya lo ha dicho alguien: en México se es escritor para tener un empleo burocrático o viceversa. Ser novelista implica una preparación especial, no tanto en el sentido cultural sino como reserva de material sobre el cual trabajar; implica una dedicación definitiva a la tarea de vivir; exige un ensayo constante en formas y métodos técnicos de labor; exige, asimismo, un renovado, inacabable entusiasmo para percibir las vibraciones del mundo exterior; en una palabra, ser novelista es algo más que una profesión: es una devoción y una responsabilidad. ¿Pero si carecemos de todo lo anterior, podemos llamarnos, honradamente, novelistas...?



Lo abstracto carece de la emoción propia del arte.

LA NOVELA de la Revolución existe. Pero la novela actual todavía no. Creo que existirá.

